

PICOS DE EUROPA

APUNTES E IMPRESIONES

DE UN VIAJE

LA *Hermida* es el punto de partida elegido para mi expedición de este año a través de *Picos de Europa*.

Las cinco y media de la tarde son cuando hago mi entrada en este lugar. Una vez acomodado en la fonda de *Isidoro Cortines*, me dedico a explorar los alrededores, tanto por distracción como por estudio de tan interesante configuración del abrupto terreno.

El caserío es reducido; sin embargo, debido a su calidad de estación termal, cuenta con dos fondas, además del propio *Balneario*, que ofrecen al viajero hospedaje bastante aceptable y económico. Las aguas de *La Hermida*, clorurado-sódicas, son las de mayor temperatura de la región: 49 ° centígrados.

Mis primeros pasos han de ser al *Establecimiento de Baños*, en la margen derecha del *Deva*. De aquí, tratando de avadirme de las estrecheces de la garganta, tiro monte arriba hacia la barriada de *Las Caldas*, al pié de un enriscado cueto. En busca de un mayor radio de acción visual, trepo aún por espacio de tres cuartos de hora hasta llegar al alto de *Linares*.

La prominencia de una roca presenta magnífico mirador, y, asomado a él, permanezco largo rato contemplando esta asombrosa topografía en que descuella la salvaje hendidura que constituye el desfiladero de *La Hermida*, cuyo fondo, dada la verticalidad de las paredes y serpenteo de su curso no es dable percibir desde lo alto.

Gruesos nubarrones, que nada bueno presagian, impiden gozar la vista sobre el macizo de los *Picos*.

La tarde vscida. desciendo, más bien me sumerjo, en las sombras que ya llenan la garganta a tiempo que las nieblas, haciendo lo propio, resbalan de los cantiles cimeros.

Ya estoy de nuevo abajo. Y mientras saboreo unas riquísimas truchas, me complazco gozoso en el contraste del cambio de ambiente: *Bilbao-La Hermida*.

Hallado el portador que hasta *Sotres* ha de aliviarme de la carga del morral, es-

peremos al nuevo día para dar comienzo a mi tercer expedición por *Picos de Europa*.

He aquí las notas e impresiones de mi *Diario*:

Día 19 de Julio de 1926.—El guía se ha hecho esperar. Son las ocho y media dadas cuando salimos de *La Hermida* (92 m. atl.) camino de *Urdón*.

Urdón es el torrente que fluye al *Deva* a través de la salvaje angostura a la que ha dado su nombre *Paso de Urdón*, abierto en la orilla izquierda del desfiladero de *La Hermida*. A su entrada hállase la Central de la «Electra de Viesgo» que aprovecha la fuerza hidráulica de un salto de 400 mts. El canal, tallado en la roca viva de las vesticales paredes del *Cueto de Ave*, es algo verdaderamente admirable por su audacia. Mi acompañante me habla de numerosas caballerías despeñadas en el servicio de construcción de la obra, y, lo que es más sensible de vidas humanas.

El ruido de nuestras pisadas repercute en la fresca y silenciosa garganta. Los «toros» comienzan a dibujarse en los contrafuertes de la derecha y vamos alejándonos del nivel del río, que suena cada vez más hondo.

Tras dos o tres paraditas, mi acompañante—que puedo observar toma la cosa con calma—anuncia su deseo de «echar una pipa», pues me dice estamos al pié de la *Bargona*, el trozo de pendiente más duro en la subida a *Tresviso*.

Este camino de la *Bargona*, tallado en la roca, ha sido cuidado con sumo esmero e inteligencia por los tresvisanos; en él, llama la atención el encachado dibujado en el piso para asegurar el paso de las caballerías. El camino se ve cruzado por una hilera de piedras que marca la dirección o juego de la caballería, que de caminar en dirección recta habría seguramente de resbalar y precipitarse; ésta, más que andar, gira de derecha a izquierda, se asoma al abismo y vuelve grupa, repitiendo constantemente ésta operación hasta salvar el difícil paso. (Cosa que parece increíble: por aquí hacían en un principio el acarreo de los minerales de *Andara*.)

Al terminar la *Bargona*, otra «pipa», y antes de dar vista a *Tresviso*, otras dos «pipas». ¡Este tío echa más pipas que un melón!

Por fin vemos las casuchas de *Tresviso*, descollando entre ellas por sus notables proporciones, la iglesia, de reciente construcción, que contrasta fuertemente con la pobreza de éste «pueblo de pesca».

Un rato de descanso en el pueblo, para que *Caloca* (nombre o apodo de mi acompañante) salude a sus conocimientos.

Son las once y treinta cuando dejamos *Tresviso* (894 m.) siguiendo el tendido y buen camino de *Andara* que bordea la hondonada denominada *Valle de Jobra*. Todas éstas paradas y tardanzas hemos de lamentarles bien pronto, porque el nublado, cada vez más amenazador, se trueca en un copioso chaparrón acompañado de truenos. La copa frondosa de una haya nos defiende del primer chubasco, luego... el agua que cae por todas partes y que penetra también.

Reanudada la marcha, tras una breve escampada, llegamos al collado y cabañas del *Tejo* (1.295 m.) a las dos de la tarde, a tiempo que se recrudece la tormenta en forma de terribles descargas eléctricas y granizo, obligando a cobijarnos en una cabaña por espacio de una hora.

En éste *Collado del Tejo* se deja el camino de *Andara*, para dirigirse a mano derecha y en descenso, por el camino de *Sotres*. A la vista tenemos ya las *Cabañas de Caballar*, que se dejan a la derecha, y por entre magníficos prados, dando cara a la

Canal de Lechangos, con *Peña Vieja* al fondo, medio oculta por las nubes, descendemos al poblado de *Sotres* (1.070 m.) algo elevado sobre el río *Duje*.

Sotres, es el pueblo más castizamente montaraz de *Los Picos*. Sus habitantes son fuertes como las montañas que lo circundan, y rudos, por la lucha empeñada y constante que han de sostener para arrancar el sustento a esta misma montaña, en que viven como en un mundo aparte. No obstante su rudeza nativa, es raro hallar analfabetos, y en general son inteligentes y gustan de ilustrarse.

Al llegar a *Sotres* no llevo otra preocupación que conocer personalmente al *viejo Severo*: el guía famoso tan nombrado por los primeros montañeros que han visitado *Picos de Europa*, y que ya sin conocerle, tiene todas mis simpatías. He preguntado por el *guía Severo*; más... una triste noticia escucho: «Murió allá por Mayo...» ¡Descansa en paz honrado montañés que tantas veces guiaste al viajero a través de los ásperos riscos y le aleccionaste en los secretos de tus montañas!

He despedido a mi ligero (?) guía, y a las cinco de la tarde prosigo mi camino. Cruzo el *Duje* por el *Puente del Tejo*, y a las seis estoy en la majada de *Pandébano* (1.180 m.), a tiempo que una llovizna pertinaz cubre estos invernales.

Los invernales de *Pandébano*, poco más abajo del collado de este nombre (1.140 m) que comunica con *Bulnes*, son el fin de mi jornada de hoy. Amablemente, una pastora me informa donde puedo cobijarme esta noche. En mi «hotel» dejo la mochila, y distraigo el tiempo recorriendo las cabañas de la majada saludando a los vecinos.

Al bucólico ambiente de la escena hay que añadir la nota romántica que interrumpe su monótono ritmo. Una voz fresca y melodiosa llega a despertar mi ánimo, adormecido en la contemplación de la niebla gris. Sugestionado por el encanto, he caminado a su origen; hacia la parte alta del collado dos aisladas cabañas dibújense indecisas en el húmedo cortinaje. Me acerco más, y descubro en medio de un redil, rodeada de cabras, a la improvisada artista que ha intrigado tanto mi curiosidad.

Al pié del dócil animal, rodilla en tierra, ordeña su rebaño una pastorita de rojo refajo. Al notar mi presencia, fija en mí sus negros ojos, que la sorpresa agranda. La alabanza que de su canto hago dibuja en su boca una sonrisa de satisfacción, mostrando una dentadura más blanca que la leche que acaba de extraer de las fecundas ubres de su rebaño, y que obsequiosa viene a ofrecerme.

...La montaña con unción religiosa se toca de nocturno velo, acompasando su avance con el intermitente tintineo de la esquila del ganado que se acomoda en el aprisco.

He vuelto a mi majada, y ya dentro de la cabaña que me sirve de albergue, me apercibo de que mis ropas están empapadas por el aguaducho de la niebla. Mientras se secan puestas al fuego, refiero al pastor que me acompaña la grata impresión de la rapaza cantora; él, sin dejar de mirar al fuego, me dice, como si consigo mismo hablar: «Es la mejor moza de *Bulnes*...»

Día 20.—En verdad, un poco he extrañado la «cama» y los «entremeses» nocturnos, pero al fin y al cabo todo ello he de agradecer a mis desinteresados hospederos.

Al regresar del próximo arroyo, me reciben con un gran cangilón de leche que vuelve a llenarse a penas vacío. Mientras me ocupo en esta labor nutritiva, estoicamente, contemplo el nublado que persiste aferrado a las peñas del collado con mayor tendencia a cargar

Un pastorcito de la majada ha de subir hacia las *Moñas* con su rebaño. Unido a él, movilizo a través del húmedo velo con la esperanza de que quizá allá arriba pueda librarme de las nieblas.

La subida es ruda; en hora y media estamos en las primeras cabañas de las *Moñas* (2.000 m.) Aquí, el tiempo está desapacible; el viento es frío.

La *majada de Las Moñas*, perteneciente a *Sotres* es la más elevada de Picos de Europa. Sus cabañas de forma cónica, están construídas con grandes piedras sin argamasa, y su techumbre, también de piedra, se cubre la tierra y césped. A alguna distancia, entre las rocas que les circundan no es fácil descubrirlas.

Impaciente, no me resigno a una quietud forzada; dejo el morral al abrigo de una choza, y me aventuro a través de esta niebla estúpida, aún con riesgo de estraviarme.

Junto a un tajo de la peña, al abrigo de un peñón, sorprendo a unas pastoras que hilan lana con la clásica rueca, mientras observan el ganado, cuya esquila, al sonar abajo en la *Llomba* oculta en el misterio de la niebla, simula una fantasta de almas errantes.

Es de notar la abundancia del pastor-hembra en las altas majadas de los *Picos*. Ello se explica en que la mayoría de los mozos emigran a América el aproximarse el servicio militar, viéndose obligadas las *rapazas* a ejercer el oficio de éstos. En ésta época, sobre todo, son más escasos los pastores, por hallarse éstos abajo, ocupados en la siega de la hierba.

Con dificultad he conseguido volver a la cabaña. He de resignarme necesariamente a esperar que el *telón* se levante. Entretanto, distraigo mis ocios charlando con las patronas; ellas me cuentan pintorescas historias serranas, y yo les doy noticias de otro mundo bien distinto del suyo.

Es mediada la tarde cuando el sol apunta entre girones de niebla, que, en su retirada, van quedando prendidos en los riscos.

Inmediatamente salto fuera con ansias de ver, ¡de ver...!; y, loco de gozo, ante la grandiosa transformación, corro en busca del mejor mirador. ¡Ah, el «Naranjo»;! que fiero, que altanero se muestra el *Rey de los Picos*! Subo a una cima, descendiendo aquella quebrada, y al fin, casi sin darme cuenta, en mi afán de culminar he trepado a la cima de *Peña Castil* (2.441 m.) Habrá transcurrido una hora y media, escasamente, desde mi salida de la majada.

El espectáculo que presencio es algo enormemente maravilloso; sería profanación tratar de reflejarlo, siquiera remotamente, en mis torpes notas. Sobre un tranquilo mar de nubes van emergiendo, como en una nueva creación, islas y penínsulas, que dibujan las más caprichosas bahías y encantadores *fiords*. Mientras esto acontece por el Sur, por el lado Norte un mar inmenso, en el que, semejando olas de un Océano embravecido, golpes de niebla se desprenden airadamente hacia arriba pugnando por batir las altivas crestas emergentes. Espectáculo grandioso, soberbio, que llega a divina apoteosis en éste bello momento en el que el sol, declinando hacia el ocaso, riela su estela refulgente sobre el ondulante meteoro, y las imágenes, suavemente, se esfuman entre los velos del atardecer.

Peña Castil, en excelente situación, es la altura culminante de la *Sierra de las Moñas*, barrera divisoria entre las canales de *Lechangos* y *Camburero*. Su cima está rematada por dos picachos; sobre el más alto, que forma una superficie lisa, he levan-

tado una pequeña torre de piedras y dejado mi tarjeta (que, por no tratarse de un *pico de fama*, sabe Dios quien recogerá).

A saltos descendiendo por entre pedrizas y rocas, procurando evitar el nevero, que ocupa alguna extensión al N. E. de la montaña, y llego al collado superior del llamado *Valle del Agua*, de abundante y jugoso pasto. Un pastor que a la busca de unas cabras anda por estos lugares, me sirve de *cicerone*: El collado citado, que pone en comunicación la *Canal de Lechangos* con la *Canal de Camburero* se denomina *Collado de Camburero*; al «Camburero» de la *majada* y *Refugio* así llamados, la gente de *Sotres* conoce con el nombre de *Camburerín*.

He conseguido también algunas referencias importantes que me orientarán a través del escabroso camino que mañana he de seguir para llegar a las inmediaciones del *Pico de Urriello*. De regreso hacia las *Moñas* bordeamos el *Cabezo de los Tortorios*, y luego estamos a la vista de la *majada*, que presenta una animación inésitada; ruidos de esquilas y cencerros que se entremezclan con los gritos y silvidos de los pastores que empujan el ganado a la *majada*.

Mi alojamiento está dispuesto en la cabaña más coqueta de la *majada*, que pertenece al que hace las veces de lo que pudiéramos llamar «jefe de tribu».

Va cesando el bullicio. Las pastoras, después de *mecer* (1) el ganado, hacen su cena: pan con grasa de tocino y leche.

Dialogando con estas sencillas gentes, mientras presencio las faenas pastoriles he mostrado deseos de oír las clásicas canciones asturianas, en particular éstas de la montaña; y complacientes, luego se preparan a darme una sesión de canto y... baile, «¡Isabel, María...!», gritan de una a otra cabaña.

La noche está plácida y serena. La luna platea las blancas rocas cimeras de las *Moñas*.

Cerca de las chozas, al breve rellano de fino césped que la roca deja libre llegan las pastoras proyectando en el contraluz lunar su pintoresca silueta. Sentadas en semicírculo, semejan un aquelarre de plenilunio.

A falta de pandero o de tambor, las cantimploras boca abajo, suplen a éste tradicional instrumental, y habilmente redoblan en ellas con dos palos iniciando el aire de la danza. Con buen temple de voz, Isabel, la primera cantante del clán, entona una seguidilla asturiana, el estribillo final es acompañado por otras dos cantoras, terminando en un calderón sostenido, que, lentamente, va extinguiendo su cadencia. Al terminar la copla el *tán tán* acelera su compás, y el impetu del redoble aumenta, como para estimular así la agilidad y la gracia que en su cometido ponen los danzantes.

Unas pocas horas que convivo ésta buena gente y ya soy uno más... de *Sotres*: «seguidillas», «pericote». ¡Oh, *el pericotel*!

Tras el corro de *seguidillas* viene el clásico *pericote*—que emigrado al otro lado de los mares diera origen al *pericón*, el baile nacional argentino.—El aire del *pericote* viene a ser una especie de *arin-arin*, y es bailado por un pastor y dos pastoras, que, describiendo la trayectoria de un 8, se entrecruzan en el curso de la danza, animada por las palmas de la concurrencia, mientras corea el siguiente estribillo:

(1) *Mecer*: ordeñar, en dialecto «bable».

*«Pericote, Pericote,
Pericote de mi vida,
quien te puso Pericote
bien supo lo que decía.»*

Este baile, de gran violencia, no termina generalmente hasta que alguno de los danzantes se da por vencido.

La luna, que ilumina la rústica fiesta, comienza a ocultarse tras la mole de *Pefía Castil*; ésta es la señal de fin de fiesta, y de descanso. Son ya las doce de la noche, y al siguiente día todos hemos de madrugar: los pastores para reanudar su ruda tarea y yo... a seguir mi ruta.

Tendido en mi primitivo albergue, antes de que mis párpados den paso a *Morfeo* van cruzando por mi mente las gratas impresiones del día. La consideración de la vida que en éstos momentos vivo, me sugiere los más encontrados y profundos pensamientos...

...Lejana, suena aún la nostálgica balada asturiana con que una rapaza arrulla el sueño del montañero vasco.

ANGEL DE SOPEÑA Y ORUETA

Del «Club Deportivo» de Bilbao.

(Continuará)

